



MARFIL PARISINO DEL SIGLO XIV: «GOPA DE LAS ARTES».



ARTE ITALIANO DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIV: «POLÍTICO DE MARFIL».

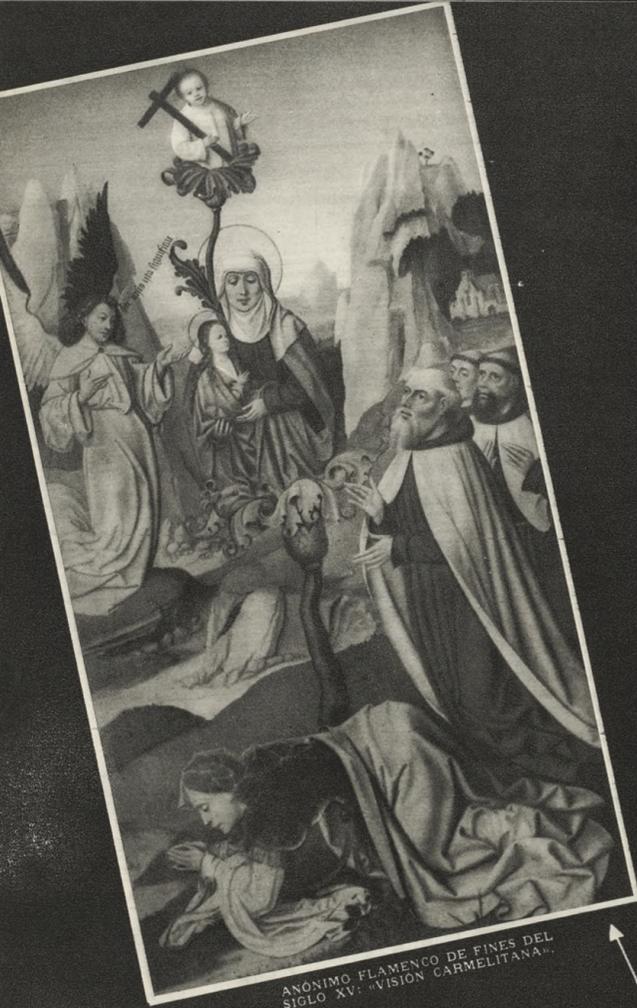
EL MEJOR MUSEO PRIVADO *del* MUNDO

POR EMILIO CAMPS CAZORLA

ESPIGAR no es difícil. Sobre todo cuando hay mucho donde hacerlo. Pero nunca un ramillete, por cuidadosamente que se haga, traduce un vergel. Hace unos meses que visita el público en Madrid el

Museo de la Fundación Lázaro Galdiano, y en él se encuentra sorprendido, constantemente sorprendido. Desde el propio edificio y su emplazamiento señorial, hasta la última de sus modernas instalaciones. Y en tal estuche, una

fabulosa colección de obras de arte, de un fondo de más de ocho mil quinientas piezas, que, por encima de toda otra calidad, se ha querido que sean de belleza excepcional.



ANÓNIMO FLAMENCO DE FINES DEL SIGLO XV: "VISION CARMELITANA".



QUINTIN METSYS: «DESCENDIMIENTO».



EL BOSCO: LA «VISION DE TINDAL».



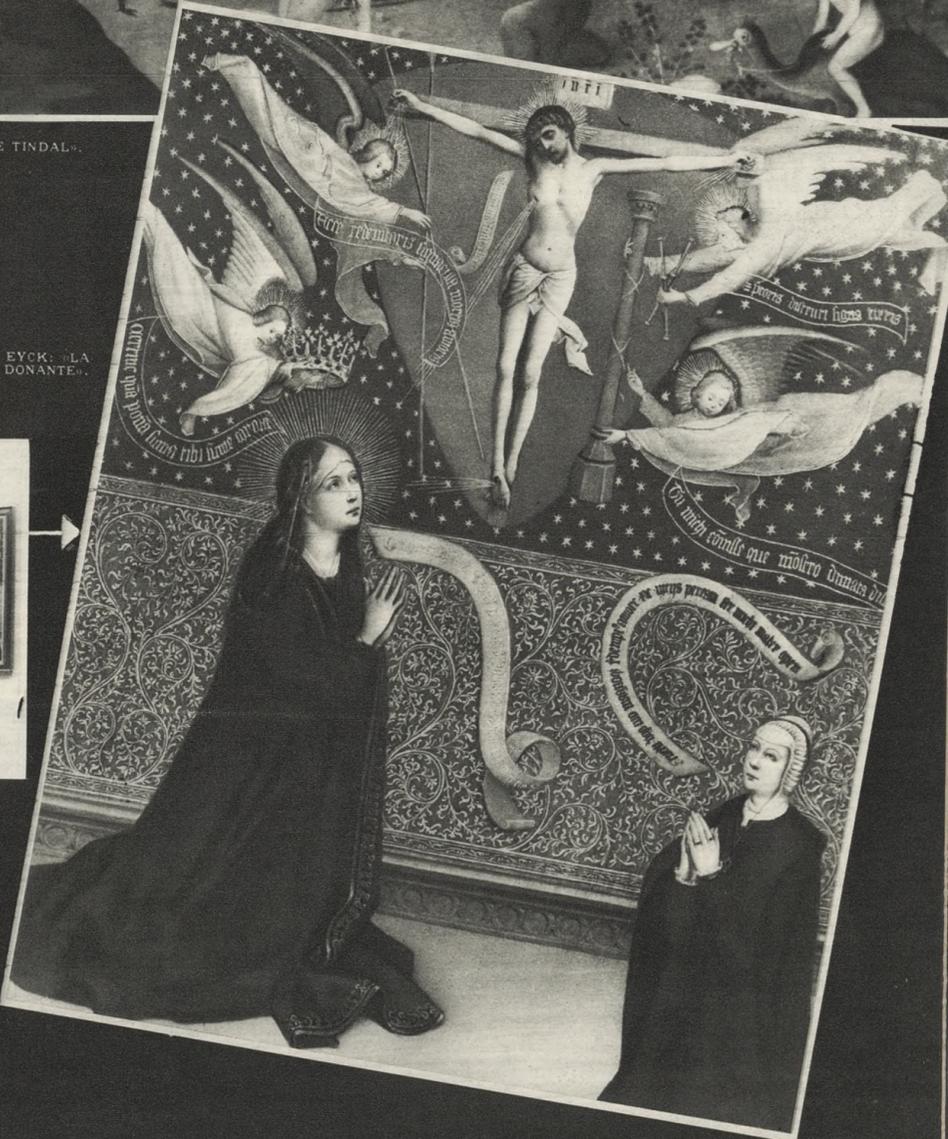
ALBERTO DURERO: «VIRGEN».



ESTA SALA (UNA DE LAS 30) VALE MÁS DE 20 MILLONES DE PESETAS

SOBRE un fondo neutro, la alegría de las puras entonaciones de los primitivos flamencos pone una serie de golpes de color tan brillantes como piedras preciosas en la luminosidad calma de esta salita. El pequeño formato de los cuadros, que rima con el aire de intimidad del espacio en que se contemplan, da todo su valor a la emoción del apreciar las obras cercanamente, en su detalle más prolijo y definidor, casi con la misma morosidad despaciosa y táctil con que el artista las concibió. Imposible parece el destacar en ellas las más interesantes o, por lo menos, las más seductoras. Quizá la mancha carmin, el profundo y permeable paisaje, la gigantesca adormidera del San Juan en Patmos, del Bosco, que va reproducido en color en otro lugar, y en el que el artista prescindió por una vez de sus torturadas fantasías diabólicas. También la robusta monumentalidad serena de la Virgen atribuida a Alberto Durero, indiferentemente sentada de espaldas al paisaje; el intrigante tema y la clara entonación luminosa de la tabla votiva de los Carmelitas; el aquietado patetismo del Descend-

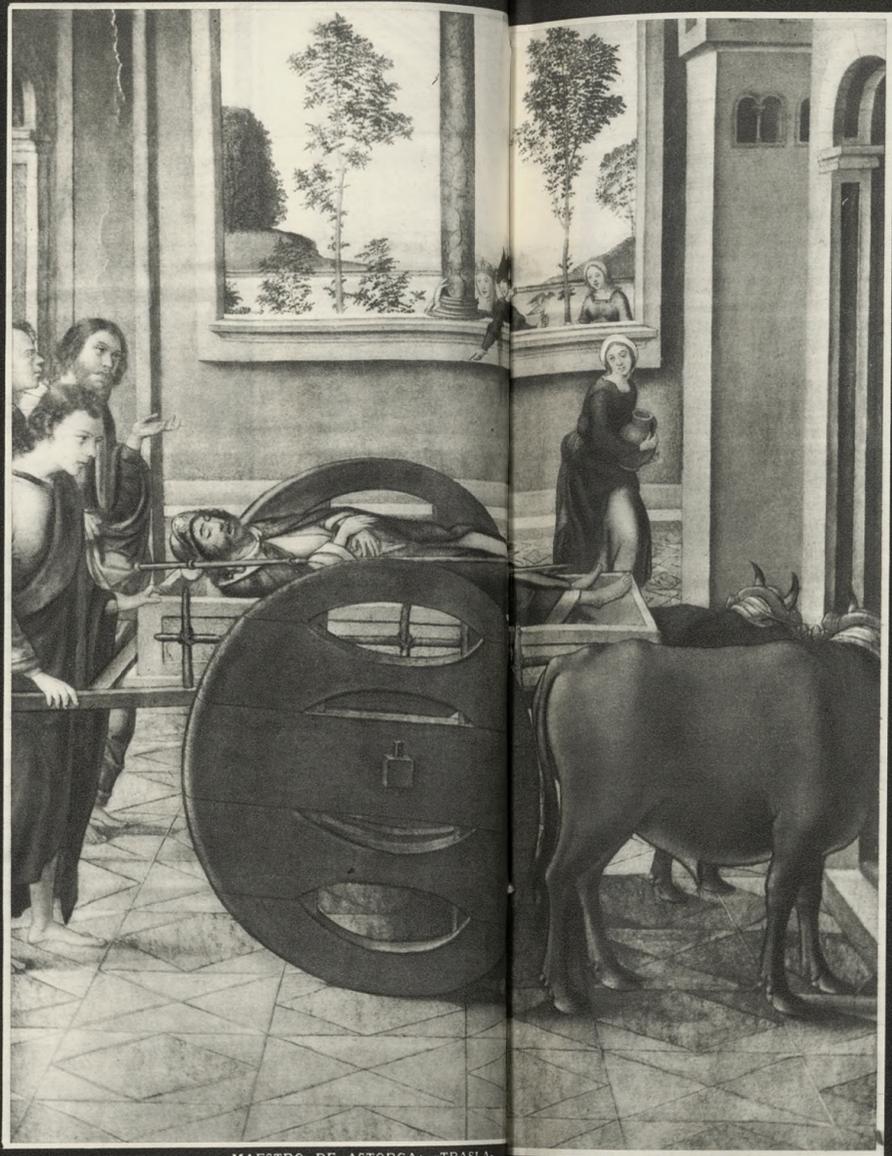
imiento de Quintin Metsys, caligrafado en su pintura como en las leyendas de sus portezuelas; las diablerías del Bosco, tremendas y ejemplares, en su Visión de Tindal; el encanto del fondo de la Virgen del Bello Paisaje; la serenidad afectuosa, de espaldas a la pura belleza formal, de la Virgen Madre, de Gerard David; el dulce encanto de la Virgen y la donante que a los pies de Cristo y sobre un fondo de riquísimo brocado colocara Humberto Van Eyck en una de sus más finas creaciones. Pero, no hay selección posible en una igualdad de seducciones; aquel caballero de la barba y la amplia gorra, por Bernard Van Orley... aquel delicioso retrato de la hermana del César Carlos... aquella Virgencita del Rosario en su aureola de rosas...



HUMBERTO VAN EYCK: «LA VIRGEN DE LA DONANTE».



BARTOLOMÉ DEL CASTRO: «NATIVIDAD».



MAESTRO DE ASTORGA: «TRASLACIÓN DEL CUERPO DE SANTIAGO».



ANÓNIMO ESPAÑOL DE HACIA 1535: LA «VIRGEN DE CRISTÓBAL COLÓN».

Y ESTA (DE PRIMITIVOS ESPAÑOLES) OTRA FORTUNA

VIOLENTA, cruda, sumida en una luz quirúrgicamente recortadora, la obra toda de los primitivos españoles a caballo en el 1500, de esta sala. Preside el autorretrato de Pedro Berruguete, reproducido en la portada de este número. Brava cabeza de regusto aldeano cubierta con estricto bonete, pelos hirsutos, barba dura rasada, atuendo simple, la mirada absorta en su interior contemplación... Sobre él, la duizura un poco a la italiana, de la Virgen del maestro Cabanyes da otra faceta de aquel momento tan pleno de sugerencias y a los costados, dos largas y bellas tablas con San Francisco y Santa Clara, aéreas sobre sus fondos dorados son de una elegantísima y rítmica composición. La bronca monumentalidad define el estilo de Bartolomé del Castro, por los cuatro cuadros de esta sala identificado. Agópanse en ellos las figuras

que acuden a primer término como con hipertrofia de personalidad, haciéndose ver en tonos espléndidos y enteros, con olvido casi de accesorios y paisajes. Las tablas de la traslación de Santiago, del maestro de Astorga, encalman su color por contraste con las anteriores, como si su luz se tamizara en los celajes galaicos y juntan a los detalles pintorescos los intentos de profundidad, perspectiva y la finura de un dibujo ajustado y firme. El obsesionante personaje arrodillado, a quien protege su Santo patrón Cristóbal, con la riqueza de su atuendo magnífico, y las sugerencias que ponen en el fondo el templo y el extraño poblado, así como las que nacen del escudo sostenido por los angelitos, nos atrae con el misterio de su personalidad concreta, que bien pudiera ser la del gran Almirante Colón, recordada en una tabla votiva posterior a sus días en algunos años.





«SAN JUAN EVANGELISTA», ATRIBUIDO A LEONARDO DE VINCI. EL OSESIONANTE ANDORGINISMO Y LA ENSOÑACION QUE SUME EN UN HALO SEDUCTOR A SUS FIGURAS SON EL GRAN MENSAJE PERSONAL QUE LEONARDO APORTA A LAS GLORIAS DEL ARTE RENACIENTE ITALIANO; MENSAJE PATENTE EN ESTA TABLITA, DE ENCANTO PLASTICO CASI MUSICAL.